

En seguida las mujeres dieron gritos agudos, haciendo sonar en el fondo de su garganta el alarido salvaje de que he hablado.

La bailarina de la espada continuó bailando con movimientos lentos y graciosos, inclinada la cabeza sobre el pecho, y con la punta de la espada dirigida á la tierra. La danza fué haciéndose general poco á poco, los gritos y el golpear de manos fuéronse haciendo mas vivos, hasta que llegó un momento en que todas aquellas mujeres se mezclaron danzando, girando en torno de la que tenia la espada. Echaron la cabeza hácia atrás, golpeándose el pecho con las manos, y levantaron los ojos en alto con tiernísima mirada de amorosa expresion. La que empuñaba la espada, hacia rápidos molinetes sobre la cabeza de todas, y á medida que los movimientos se hacian mas desordenados, el brillo del acero y de sus ojos parecian confundirse y hacerse mas y mas poderosos á la luz de las hogueras y al resplandor de la luna.

Esta danza, febril, delirante, se prolongó por espacio de algunos minutos, hasta que algunas mujeres cayeron por tierra, rendidas de fatiga. Entonces se dió por terminado el espectáculo, y nosotros, entusiasmados tambien, nos echamos á aplaudir golpeando las manos.

Los dragomanes Ibrahim y Fortunato estaban fuera de sí de gozo, y nos aseguraban que habiamos tenido buena fortuna, pues el espectáculo habia sido de lo mejor y muy bien desempeñado.

Sentimos lástima hácia aquellos infelices beduinos, que no eran cincuenta sino sesenta, y en vez de darles treinta francos que era el precio convenido, les pagamos á razon de un franco por persona, y cinco francos á la bailarina de la espada.

Un chico como de cuatro años, muy gordo y muy gracioso, se acercó á nosotros y nos saludó con acento tímido. Conocimos su intencion y le dimos algunas piastras. Él nos dió las gracias tomándonos la mano, besándola y posándola sucesivamente sobre su pecho y sobre su frente.

## § VI

## BETANIA.

Febrero 19.

A las seis de la mañana tomamos de nuevo el camino de la Ciudad-Santa. Antes de dirigirnos directamente á Betania, determinamos hacer una visita á la fuente de Eliseo.

Caminamos al noreste por una senda costeadada de zarzas y malezas, y llena de verdura. A trechos encontrábamos bosquecillos formados por las espinosas plantas del *zakkum*.

Media hora despues llegamos á la fuente, que nace al pié de una colina pedregosa y está formada por algunos veneros que brotan en un pequeño remanso. Sus aguas son de sabor muy agradable; las bebimos con delicia y nos lavamos en ellas las manos y la cara.

Esta fuente lleva el nombre de Eliseo, porque siendo el agua de mala calidad, él la convirtió en buena.

Los habitantes de Jericó se quejaron al profeta de la mala calidad de la fuente, y él dijo: «traedme un vaso nuevo y poned sal en él.» Cuando esto fué hecho, Eliseo vino á la fuente y arrojó en ella la sal, diciendo: «hé aquí lo que dice Jehová: Yo he purificado esta agua, y la muerte y la esterilidad no saldrán mas de ella.»

Todavía se ven los restos del monumento que estuvo colocado á la falda del monte, junto al remanso.

Subí á la montaña, y desde allí disfruté de una hermosa vista sobre Jericó, el Desierto y las montañas que lo rodean. Ví las ruinas de la antigua Jericó, que estaba asida á la falda de la colina. Aun se miran sus fundamentos, y hay restos de los mármoles y de las columnas que formaron sus edificios.



Al noreste se encuentra, y á poca distancia, el Monte de la Cuarentena (*Djible-Korontul*), llamado así, porque según la tradición, fué allí donde Jesucristo hizo penitencia durante cuarenta días y cuarenta noches, habiendo sido tentado al cabo de ellos. El flanco del monte está lleno de grutas, las unas naturales, y hechas las otras por la mano del hombre. Allí habitaron los anacoretas. En una de estas grutas se dice fué donde pasó Jesucristo los días de su penitencia.

Montamos á caballo y fuimos á tomar el camino de Jerusalem, pasando por el pié del Monte de la Cuarentena. Allí se miran todavía los restos de un pequeño castillo, llamado *Dok*. En este castillo fué donde Ptolomeo, gobernador de Jericó, mató por traición á Simon Matatías y á Júdas Macabeo, sus parientes políticos, llevado del deseo de sucederles. La fortaleza es de piedra, y en pié están todavía sus murallas, que resistirán al embate de los siglos.

El camino de Jerusalem á Jericó ha sido siempre temible. Aquí fué donde hizo pasar Jesucristo la parábola del viajero socorrido por el samaritano: *un hombre viajaba de Jerusalem á Jericó, y cayó en manos de los ladrones, etc.*; parábola sublime, en que se demuestra que no basta la virtud en teoría sin las buenas obras. Esta parábola, además, es una terrible condenación de los hipócritas, de los hombres de exterior devoto y de los levitas, que pasan su vida practicando acciones estériles y sin tener caridad por sus semejantes.

Después de una hora de marcha llegamos á la vista de Betania (*el-Azarieh*), que es un pueblo colocado en el declive de una montaña. Es un puñado de ruinosas habitaciones de piedra; y visto á distancia, parece un simple montón de escombros.

Nos detuvimos un momento á pocos minutos del lugar, para mirar una piedra que hay á un lado del camino y que es llamada *del colóquio*. Dicen que Jesús estaba sentado en ella cuando conversaba con Marta, que le decía: — «Señor: si vos hubiérais estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.»

Continuamos nuestro camino y llegamos á Betania. Algunos chicos

del pueblo nos condujeron á la tumba de Lázaro. Dejamos nuestros caballos. El guardian estaba á la puerta; nos proveyó á todos de cerillos encendidos, y bajamos á la tumba. La puerta de entrada es sumamente baja, y arriba de ella hay una pequeña mezquita. Precedidos por el guía, bajamos al oscuro subterráneo por una gradería de veintisiete escalones deteriorados, donde se está á cada paso á pique de perder pisada. Llegamos á un pasadizo estrecho y tenebroso. De allí, torciendo á la izquierda, bajamos algunos escalones todavía, caminando por un cañon donde nos era preciso marchar encorvados.

Y por fin llegamos al sepulcro de Lázaro, que es un pequeño aposento rectangular abovedado.

En aquel sitio sentíame poseído de pánico. Parecíame escuchar aquella voz potente y soberana que hablando al muerto, pestilente ya después de cuatro días de sepultura, le dijo: — Lázaro: sál fuera. Y miré con mi imaginación levantarse el cadáver amarillo y envuelto en lienzos, y obedeciendo al acento que había sonado en sus oídos inanimados, salir de la tumba con las manos ligadas con las vendas y envuelto el rostro en un sudario.

Y murmuraba interiormente: — *Verdaderamente Jesucristo es el hijo de Dios!*

Los franciscanos vienen algunas veces aquí á decir misa, y después que la han dicho, cantan fuera de la puerta de entrada el Evangelio, en latín y en árabe. Los musulmanes asisten á esta ceremonia y escuchan el Evangelio llenos de respeto. Ellos han venerado en todo tiempo este sepulcro, porque tienen la firme creencia de que si alguna vez le hacen injuria, serán castigados con la muerte de sus hijos.

Concluida nuestra visita, nos dirigimos, precedidos por el mismo guardian, al lugar donde estuvo la casa de Marta y Magdalena. Caminamos á pié, dejando nuestros caballos en manos del guardian del sepulcro de Lázaro.

Algunos minutos después llegamos á un campo á cuyo frente nos paramos en el umbral de una enorme puerta. Vino á abrirnos una



mujer que es la guardiana, y nos introdujo en el campo. En medio de aquel grande espacio se miran algunas ruinas. Son las de una iglesia levantada sobre el lugar donde tuvieron su habitacion Marta y Magdalena. Aquí vivió la familia á quien amó Jesus, aquella en cuya compañía pasó muchas horas y muchos dias gozando de las dulzuras de la amistad.

Aquí fué donde Jesucristo dió al mundo aquella leccion de amor de Dios, cuando estando á sus plantas Magdalena, Marta que trabajaba, la reconvinó porque no le prestaba ayuda, y el Señor le contestó: «Marta, Marta, muchas cosas te ocupan y te turbas con ellas, y una sola cosa es necesaria; María ha escogido la mejor parte, y no se verá privada de ella.»

Quiere decir por tanto, que lo único que precisa es servir á Dios. Hay mucho que hacer en el mundo. Los negocios públicos y los particulares distraen la atencion de los que se consagran á su manejo. Aquellos, pues, que dejando á los demas el cuidado de los asuntos de aquí abajo, se dedican al servicio del Autor de todas las cosas, y se engolfan en los éxtasis de su amor, han escogido la mejor parte que no les será negada. Monges, solitarios, séres olvidados de la tierra, porque ellos la han olvidado los primeros; todos esos contempladores de la Divinidad, son grandes conocedores del destino humano, y son mas hábiles y pensadores que los que juzgan que el gran secreto consiste en el comercio, las artes y la industria. Estos forman al lado de Marta, y aquellos al lado de Magdalena.—

Quedan solamente algunos lienzos de muralla de la antigua iglesia que en este lugar se levantaba, y era sumamente pequeña.

Saliendo de aquí fuimos á visitar el sitio donde estuvo la casa de *Simon el leproso*. Allí fué donde la Magdalena derramó perfumes sobre la cabeza de Jesus. En seguida, regresamos á la tumba de Lázaro, y montando á caballo, tomamos á galope el camino de Jerusalem.

Un cuarto de hora despues llegamos al lugar donde estaba la higuera, que no habiendo tenido frutos para calmar el hambre de Je-

sus, fué maldita por él y se secó. Entonces fué cuando el Salvador nos enseñó á tener fé, diciendo: «En verdad os digo, que cualquiera que diga á esta montaña, levántate y arrójate en el mar, y no dude en su corazon sino que crea que todo lo que ha dicho debe hacerse, aquello le será hecho realmente.»

Pasó la época de los milagros, no hay en la tierra ya quien haga prodigios, y es porque la fé anda debilitada y perdida, y el milagro es el hijo querido de la fé.

Si alguno dijera á un monte, levántate y arrójate al mar, dudaria él mismo de ser obedecido, y la duda es la fuerza contraria del poder, y siendo la creencia la gran palanca que trastornaria al universo, cuando ella falta, la palanca no existe, y es insensato querer trastornarlo.—

Despues de algunos minutos de marcha, llegamos á la falda del monte del Escándalo, dejamos á un lado la aldea de Siloe, y seguimos galopando por el valle de Josafat, por en medio de las tumbas antiguas y modernas que pueblan este viejo cementerio.

Pasamos el Cedron, y en vez de entrar en la ciudad por la puerta de San Estéban, continuamos galopando á la derecha, en torno de la muralla, hasta llegar á la de Jaffa. Entramos pues en Jerusalem. En la puerta del Hotel del Mediterráneo, me despedí de mis compañeros franceses que partian al dia siguiente para Jaffa, de donde pasarian á Alexandria y Marsella.

De allí me dirigí al convento, donde me encontré con M. Delestre, que estaba ya en Jerusalem de regreso de su viaje á Hebron. Tuvimos mucho gusto en volver á vernos, y nos propusimos marchar juntos en adelante, durante nuestra peregrinacion en la Tierra Santa.

De acuerdo con esta resolucion, ajustamos en seguida con mi dragoman un contrato, conforme al cual Fortunato se comprometia á llevarnos al través de la Samaria, la Galilea y las costas del Mediterráneo hasta Damasco, por el precio de dos mil francos, corriendo de su cuen-



ta todos los gastos. El debía por consiguiente, proporcionarnos caballos, tiendas de campaña, lechos, buena mesa, escolta y alojamiento en los mejores hoteles.

Tan luego como el contrato estuvo concluido lo llevamos al cónsul frances para que le imprimiese el sello de su autoridad.

## CAPITULO V

### VIAJE A NAZARET

POR LA SAMARIA.

Febrero 21.

**E**STE dia determinamos salir de Jerusalem. Como la primer jornada de aquí á Betel es muy corta, no quisimos emprender la marcha sino al comenzar la tarde. Empleamos la mañana en hacer los preparativos del viaje. Yo me compré un capote de pelo de camello (*abehy*) de los que usan los beduinos, para defenderme del agua, porque estos capotes son impermeables. Compré además una *cuffi*, especie de pañuelo de seda con cordones y borlas en los bordes, que sirve para liarlo alrededor de la cabeza, y es un gran recurso contra el sol. Fortunato me suministró unas polainas de cuero con grandes hebillas, que me subian hasta el muslo, destinadas á defenderme contra la lluvia, el lodo y las espinas.

Mi dragoman tuvo la atencion de proporcionarme un hermoso caballo alazán, alto y de raza pura, de los que montan los árabes, y que bajo los rayos abrasadores del sol, devoran las distancias, cruzando con la rapidez del relámpago sobre las inmensidades del Desierto. Mi caballo además estaba ricamente enjaezado, con brida y silla inglesas, y esto contribuia mucho á dar realce á la belleza y gracia de sus formas.